

Gemma Rovira

Traductora desde hace más de veinte años. Además de las últimas tres entregas de Harry Potter ha vertido al castellano libros tan distintos e interesantes como *Barbazul* de Kurt Vonnegut, *El afinador de pianos* de Daniel Mason o *Sushi para principiantes* de Marion Keyes

La huella de la cicatriz

De todas las preguntas que me han hecho desde que empecé a traducir los libros de la serie Harry Potter, quizá la que más me haya costado responder sea si me da pena que todo haya terminado. ¿No será que todavía no lo he asimilado?

Como es lógico, cada vez que he acabado una de las traducciones he sentido un profundo alivio. Después de meses de concentración, casi de aislamiento, siempre he tenido una agradable sensación de "misión cumplida". Pero ahora... Es como si Harry fuera de carne y hueso, como si tuviera vida propia y anduviese por ahí en el mundo de los magos, ese mundo paralelo, tan cercano al nuestro. No era la primera vez que me implicaba personalmente en una historia que traducía —siempre lo hago, en mayor o menor medida—, pero nunca había alcanzado ese grado de inmersión con una novela de género fantástico. Suelo soñar que traduzco, por ejemplo (no se lo deseo a nadie; es agotador). Y ha habido libros que me han hecho llorar mientras tecleaba. Hubo una novela (un *thriller* larguísimo con niños y con un maestro pederasta) que me dejó al borde de la depresión.

Mi hijo Julián, que acaba de cumplir quince años, leyó las dos últimas entregas de la serie a medida que yo las traducía. Me comprometí a imprimirle cincuenta páginas todos los viernes (fue una concepción interesada: al mismo tiempo que satisfacía su curiosidad, yo me imponía la obligación de revisar las páginas que había

traducido durante la semana). Si no las tenía preparadas y aplazaba la entrega hasta el sábado, él se ponía hecho una fiera. Me ayudó a pulir algunas frases, a resolver matices de registro, a buscar equivalentes a los juegos de palabras y a los diálogos chistosos. Y no paraba de interrogarme sobre el desenlace (me mantuve inflexible, por descontado).

Si no recuerdo mal, Julián empezó a leer la serie con siete años (en 2000, cuando se publicó *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*). Todavía no se había estrenado la primera película, y ya se hablaba de Harry Potter, pero la serie no había alcanzado aún el éxito que tiene ahora. Yo tenía mis dudas: el libro estaba recomendado para lectores a partir de nueve años, y Julián todavía no había leído él solo ningún libro no ilustrado. Las novelas se las leía yo en voz alta, antes de acostarse. Recuerdo el día que empezamos a leer juntos *Harry Potter y la piedra filosofal*. Le leí la primera página; él me quitó el libro de las manos y me dijo: "Vete, vete, ya sigo yo". Ese mismo día contrajo la fiebre. Yo estaba fascinada: todas las noches tenía que entrar en su cuarto para apagarle la luz, y él me suplía con que le dejara leer una página más, y luego otra, y otra. Me engañaba: terminaba el capítulo y empezaba el siguiente, y yo lo regañaba porque había leído demasiado. Intrigada, empecé a leer yo también. El segundo libro de la serie, *Harry Potter y la cámara secreta*, ya estaba pu-

blicado, así que seguimos leyendo. Luego tuvimos que esperar a que se publicara *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*. Echábamos carreras, comentábamos los pasajes que más nos habían gustado. Hablábamos de la injusticia, de la crueldad, de la muerte.

Julián leía los libros en castellano y en catalán, comparaba las traducciones, los releía una y otra vez para revisar pasajes que no había entendido bien. ¡Menuda arma habían puesto en mis manos! Podía amenazar a mi hijo con castigarlo... ¡sin leer! En lugar de una semana sin televisión, ¡una semana sin Harry Potter! No podía creerlo. (El único inconveniente fue que durante un tiempo no leí absolutamente nada más. Según él, no había nada comparable a Harry Potter).

Recuerdo el día que fuimos a ver la primera película, en 2001. A Julián le hacía ilusión ir a verla el mismo día que se estrenara; le concedí el capricho (se lo había ganado), pese a ser un día laborable, y en sesión de noche. De acuerdo, no vivimos en una gran ciudad, pero me sorprendió que el cine estuviera vacío (no exagero: los únicos espectadores éramos mi hijo y yo). Durante un tiempo tuvimos la sensación de estar compartiendo algo extraordinario que, curiosamente, casi nadie de nuestro entorno conocía.

Un día, cuando el éxito de Harry Potter empezaba a superar récords, Julián me dijo: “¿Te imaginas, mamá, que lo hubieras traducido tú?”. Sí, esa idea había pasado fugazmente por mi cabeza, pero la verdad es que yo no quería ni imaginarlo. ¡Qué pena! ¡Habría sido maravilloso! Me encantaba la serie, mi hijo había empezado a leer con ella, me enternecía el personaje, el texto estaba plagado de palabras inventadas... Y para colmo, las cifras de ventas daban vértigo. ¡Un sueño! Pero no, no había tenido esa suerte.

Así que fui muy feliz el día que le di la noticia de que iba a traducir la quinta entrega de la serie. Le impresionó mucho. No hizo falta pedirle que fuera discreto y que no se lo contara a todos sus amigos; no era ningún secreto, pero yo prefería no pregonarlo a los cuatro vientos. Siempre ha sido un chico muy formal, y creo que hasta le daba vergüenza que se supiera. Supongo que, en cierto modo, no podía contarle porque ni él mismo se lo creía. A mí me pasaba algo muy parecido.

Empecé la primera traducción en un estado de tensión considerable. Me impuse un horario muy rígido. No estaba segura de estar a la altura; el libro era muy largo, y temía que surgiera algún imprevisto que me hiciera retrasarme. Pero me propuse olvidarme de todo lo que había

detrás de ese libro que ya tenía en el atril, abordarlo con la misma actitud con que abordaría cualquier otra traducción, y enseguida, como por arte de magia, el texto empezó a fluir. El día que llamé “Harry” a mi hijo comprendí que estaba completamente sumergida en la historia.

Era verano, y tuve ocasión de comentar el libro con algunos veraneantes ingleses que ya lo habían leído o lo estaban leyendo. La hija de una amiga (que ni siquiera había empezado a leer la serie) me preguntaba, cada vez que me veía, por qué página iba; Julián intentaba continuamente sacarme información, pero yo no cedía... Todo eso me hacía sentirme acompañada.

Cuando terminé la traducción de *Harry Potter y la Orden del Fénix*, me pidieron que fuera a dar una charla a los alumnos del curso de Julián. La charla era a las tres; pues bien, a las 12 me llamaron del colegio para decirme que mi hijo se encontraba mal. Lamentaban mucho que tuviera que ir a recogerlo y que fuera a perderse mi charla; me propusieron posponerla. Les expliqué que lo que le pasaba a mi hijo era que se moría de vergüenza y les dije que no se preocuparan: daría la charla de todas formas (y de paso le ahorraríamos un mal rato al niño).

También di una charla en la biblioteca del pueblo donde vivo. Para romper el hielo, propuse un juego que consistía en adivinar qué personajes decían una serie de frases (“¡Él, siempre él! ¿Cómo sabes que no era una mujer?”, “Fiel a Dumbledore, cueste lo que cueste, ¿no?”, “¿Desde cuándo me llamas ‘señor’?” No fallaban ni una). Fue toda una experiencia. Los niños me miraban con los ojos como platos. Uno me preguntó si conocía a Harry (“Esto... ¿te refieres a si conozco al actor que interpreta a Harry en las películas?”). Muchos me pidieron que les firmara ejemplares, y tuve que recordarles que yo no era la autora, sino la traductora (¡la traductora impostora!). La madre de una niña se me acercó y me preguntó si yo era J.K. Rowling.

Cuando empecé la traducción de la última entrega ya estaba mucho más relajada. Las entrevistas en la radio ya no me producían tanta ansiedad. No tenía que consultar tan a menudo los glosarios, porque me los sabía de memoria. No me extrañaba tanto fijarme, cuando ya había salido a la calle, en que iba vestida con una combinación de colores un tanto rara (naranja y verde, o morado y naranja... Los colores de los magos, claro. Por cierto, los colores del atuendo de la madre de Samantha en *Embrujada*, una de mis series favoritas cuando era niña, aunque enton-



© Aubrey Beardsley

ces la veía en blanco y negro). Ya no podía castigar a mi hijo prohibiéndole leer, pero tenía un buen repertorio de conjuros, y a veces un “¡Expelliarmus!” surtía más efecto que un “¡Suelta el mando!” (del televisor o de la videoconsola; es adicto a ambas cosas, además de un lector decente).

El mismo día que entregué la traducción de *Harry Potter y las Reliquias de la Muerte*, mis amigos organizaron una fiesta sorpresa en mi despacho. Ellos me habían soportado mientras yo iba por ahí encerrada en una burbuja. Muchos me habían ayudado a resolver problemas de traducción, y yo se lo había pagado con “palabras regalo”. Era una fiesta temática, y para entrar había que llevar algo que estuviera relacionado con los libros. Los más entusiastas se habían disfrazado de personajes de la serie. Estaba el profesor Snape, encargado de preparar las pociones. Había un par de dementores repartiendo bombones. Los que no venían disfrazados tenían que pasar por las manos de la profesora de Transformaciones. A mí me pintaron la cicatriz en la frente y... poco más. Mis gafas se parecen bastante a las de Harry (son anteriores a mi primera traducción), y encima de la mesa siempre tengo una varita mágica con el extremo imantado que me regalaron. Fue una bonita despedida.

Sí, creo que echaré de menos a Harry. Y cada vez que note los primeros síntomas de un ataque de migraña (por cierto: me habría encantado preguntarle a la autora si es migrañosa, como yo), me masajearé la frente y pensaré... en la cicatriz. ◀